

La espiritualidad de San Francisco de Borja

Pedro Miguel Lamet

Mucho se ha hablado y se hablará en este V Centenario de la vida de San Francisco de Borja como grande de España, duque de Gandía y santo jesuita. Pero si hay que dar razón de su último secreto, es necesario investigar en sus apuntes espirituales, en sus libros y en su vida el rastro que nos dejó de sus largos tiempos de silencio. Con una letra rápida, a veces casi ilegible, emborronaba el reverso de sobres y trozos de papel con sus luces y experiencias. Su diario espiritual, desde febrero del sesenta y cuatro a principios del setenta, es como un espejo abocetado de su secreto más íntimo.

Practicaba lo que él llamaba la oración continua, que eran frases que dirigía a Dios y repetía varias veces durante el día. Siempre mostraba ganas de orar; quizás por eso le gustaba mucho la frase de San Agustín: «Tu mismo deseo es oración y el deseo continuo es una continua oración». Posiblemente era para él como una manera de estrenar en cada momento la vida: «Cada hora ofrecerse como si comenzase la vida para Cristo».

El peso de un ducado

Tampoco se escapan de esos pedazos de papel, garrapateados entre visitas y prédicas, nombres y acontecimientos concretos. Como el día en que Pío V destinó a unos jesui-

tas a la Dieta de Alemania o cuando los turcos sitiaron la isla de Malta. ¿Y las fechas? ¡Ah, las fechas! Venían a su mente por oleadas, como su cumpleaños o el día de la muerte de la emperatriz. Su famosa «salida de Egipto», cuando

*se diría que luchaba para
cerrar los ojos y ver el
paisaje interior; pero,
¿cómo podía realizar esto
un hombre que todavía,
por su misión, también de
jesuita, hollaba alfombras,
comía con príncipes,
era a diario obsequiado
por los poderosos?*

se escapó a Portugal perseguido por la Inquisición, o los aniversarios de la muerte de Ignacio y Laínez. Eran como señales de su personal historia de salvación, que se repetían cada año recordándole el camino y abriéndole el corazón a la gratitud¹.

¹ El Autor de este artículo ha publicado el libro *Francisco de Borja, los enigmas del duque jesuita*, ed. Styria, Barcelona, 2009.

Hay además temas que afloran a su alma como claroscuros de una manera especial. Se ve en sus apuntes que era un hombre que de alguna manera llevaba como un fardo el peso de su pasado, que tenía la sensación de que había en cierto modo perdido la primera mitad de su vida. ¿Ha dicho alguien que tuvo que condenar a muerte a algunas personas durante su época de duque de Gandía? «Confusión» es una palabra que repite mucho. «Pediré espíritu para confundirme en toda parte, y el espíritu de la confusión». ¿Era el contraste de las dos caras de su vida? ¿Necesitaba compensar los años de orgullo y poder? Hay momentos en que dice que desea «vivir como el que sale de la cárcel y lo llevan por las calles al suplicio»; o «como leña de castaño que nunca acaba de encenderse por más que sople». La confusión debía ser como un resorte que le movía a sentirse pequeño ante Dios y que le acompañaba casi siempre, «orando, comiendo», en cada minuto del día. «Confusión de no haber dado la vida», escribía.

Francisco de Borja era un hombre muy sensible a los claroscuros. De la luz de Levante pasó a amar las sombras de los claustros; de las polícromas sedas de duque, al negro de su sotana. Así, así vivía también la pasión de Jesús. «Vos

abatido, y yo honrado», «Vos con denuestos, yo con honra. Vos muerto, yo vivo». «Ver sus llagas y yo sin ellas. Murió por mí y aún no soy muerto por él».

El paisaje interior

Supongo que hay santos cuyo carácter o pasta humana les conduce suavemente a sumergirse en Dios. Borja no fue de éstos. Creo que, desde el primer momento en que decidió seguir el camino de la fe cristiana con mayor sinceridad, tuvo que esforzarse en enderezar el tronco de un árbol que él sentía torcerse hacia otro lado, quizás al buen comer y beber, o a la vida muelle que en un tiempo gozó a las orillas del Mediterráneo y a su pasión por los caballos y la caza. Las cosas del mundo le pesaban y pedía continuamente un amor que le permitiese «olvido de lo de acá» y «vivir en el Señor, como si no viese sino a él» o «vivir como quien está para morir».

Se diría que luchaba para cerrar los ojos y ver el paisaje interior. Pero, ¿cómo podía realizar esto un hombre que todavía, por su misión, también de jesuita, hollaba alfombras, comía con príncipes, era a diario obsequiado por los poderosos? Procuraba, como él decía, «concertar el reloj del al-

ma», controlar sus sentidos, «limpiar el espejo del ánima». Quizás esta faceta, que yo creo estaba muy ligada a su natural sensualidad mediterránea, a su «carácter Borja», ha dado un perfil de él demasiado ascético. Por eso debo añadir que detrás de ese esfuerzo se ocultaba una plenitud mística y mucho amor: «Al Espíritu Santo se pidió amor para quitar el amor a todas las cosas, por ponerle en él, y amar del amor que fuimos amados».

Lo que le dijo al hermano Melchor en el lecho de muerte lo había repetido muchas veces antes: «Tener el corazón sin apetecer sino a Dios» y a «todas las creaturas en él», hasta llegar a «ver las cosas en el Señor, y por él olvidarlas todas».

Y su famosa calavera, que llevaba a todas partes en un saco de fieltro, no era necrofilia, era sólo un recordatorio de un encuentro de amor más profundo, de «morir por él». Como si, para ese abrazo definitivo, tuviera que prepararse cada instante: «Aparajarme para morir por él, si hace falta, una vez cada hora», y «vivir como quien está para morir».

Con un nombre en el corazón

Como para Ignacio de Loyola, a Francisco ese mar de Dios conte-

nía un fuerte sabor trinitario, puesto que es «Padre, potencia para aniquilar lo malo; Hijo, luz para quitar las tinieblas, y Espíritu Santo, fuego para quemar». Era sumergirse en la certeza de que Dios es «padre, pastor, medicina»; que es «amor sin medida», hasta morir de amor en ese fuego, como

*experimentaba, como
Ignacio, gran consuelo
interior cuando celebraba,
y tenía un sueño que
repetía siempre y Dios
le concedió: poder comulgar
el día de su muerte*

«el leño, poniéndole en la hoguera, se vuelve fuego», con la «esperanza siempre» de que no será nunca abandonado. Ese amor tenía un hermoso nombre concreto: Jesús, *Gesú*, al que dedicó la hermosa iglesia romana, que tanto luchó por construir y no pudo ver terminada.

Leo en su letra puntiaguda palabras que me hacen estremecer:

«Pedí escribiese su nombre en el corazón». «Ser todo de Jesús, sangre y todo». «Francisco, para siempre de Jesús sea». Quizás por eso se pasaba largas horas ante el crucifijo, como si la cercanía a las llagas de su maestro le ayudaran a caminar. Quería estar «atado a la cruz», vivir al pie del madero, «siempre al pie muriendo» y «morir por Cristo», y a veces, cuando alzaba la sagrada forma en la misa, pedía sentir «qué sintió él cuando lo levantaron a la cruz», o qué sintió María cuando lo tuvo entre sus brazos en Belén y en la sepultura. Experimentaba, como Ignacio, gran consuelo interior cuando celebraba, y tenía un sueño que repetía siempre y Dios le concedió: poder comulgar el día de su muerte.

Doña Catalina de Austria, la hija de Juana la Loca y reina de Portugal conservaba en su retiro del convento de Xábregas un cuadro de la Virgen titulado Roma *Salus populi romani* y que se venera en la basílica de Santa María la Mayor. Borja fue el primero que consiguió permiso para poder reproducirlo. Le dio dos copias al padre Ignacio Acevedo antes de partir al Brasil. Una para él y otra para que la entregara a la reina Catalina antes de zarpar del puerto de Lisboa. Le escribía a la reina: «La imagen que lleva para vuestra alteza creo que

La espiritualidad de San Francisco de Borja

es una de las más señaladas cosas que pueda tener una reina devota de la Madre de Dios, pues es el mismo retrato que pintó San Lucas, el cual está en Santa María la Mayor, con toda veneración posible. Cómo vino a mis manos y lo demás, os contará el padre Azevedo».

¡Qué historia la de Azevedo! Don Sebastián y la corona portuguesa habían dotado el colegio de Río de Janeiro y el general de los jesuitas, Francisco de Borja, había nombrado visitador de todas aquellas lejanas y extensas tierras a Ignacio Azevedo, que regresó de allí a informar a Borja y a reclutar misioneros. De España consiguió a diez voluntarios, entre ellos Francisco Pérez Godoy, pariente, por cierto, de la querida madre Teresa de Jesús. Logró reclutar a ochenta y siete personas, de las cuales treinta y siete eran jesuitas. Tres naves zarparon con las velas hinchadas de ilusión desde Lisboa a comienzos del verano del año setenta. Navegaron primero rumbo a la isla de Madeira, y se dirigían a las Canarias, cuando cinco navíos les abordaron en plena travesía. Eran hugonotes franceses furiosos, que, comandados por el corsario Xaques Soria, martirizaron a cuarenta jesuitas. Azevedo confesó valientemente su fe mientras sostenía en sus manos la otra copia del

cuadro de la Virgen de San Lucas que le había regalado Francisco de Borja.

María fue siempre su madre y abogada, también para pedirle la gracia de saber conducir su reba-

*el hecho de que Felipe II
le pidiera intervenir para
que hiciera todo lo posible
por parar el tratado
franco-inglés indican el alto
aprecio que su majestad
tenía de Borja*

ño, un cargo que le pesaba sobremanera y en el que siempre quería que se conservara el modo de proceder del fundador. Que «se guarde la manera de nuestro padre Ignacio», pues amaba sin medida a la Compañía.

Fiel a la Compañía de Ignacio

Hay quienes hoy sostienen que Francisco de Borja, como general, desvió, conventualizándolo, el primer estilo de Ignacio, dadas

sus primeras amistades e influjos franciscanos. Es cierto que él siempre se debatió entre la dicotomía de Marta y María, la acción y la contemplación, que le tocó reglamentar quizás más que Ignacio e impuso a los jesuitas un horario a la oración. Pero la intuición del de Loyola no se equivocó con él, pues al cabo su vida fue la de un contemplativo en la acción y su amor a la orden era tan profundo como indiscutible. En otro pedazo de papel escribió esta significativa frase: «Morir en la Compañía, o me lleve antes de sacarme de ella, o sea para mayor gloria suya». Y añadía que se ofrecía por entero con este fin «sangre y vida».

Lo cierto es que la Compañía progresó durante su generalato, cómo creció y se extendió en diversas partes del mundo. Un período en que los primeros jesuitas que marcharon con deseo de fundar en las Indias del mar océano fueron asesinados por los indígenas de La Florida; cómo zarparon de Sanlúcar para fundar en Nueva España², Perú, Cartagena de Indias, Malaca, China, Japón, las islas Molucas, siguiendo la estela de Francisco Javier, por no mencionar la importante propagación que experimentó en Occidente.

² Méjico.

Cabe preguntarse cómo hizo compatibles toda esta vertiente espiritual y pastoral con sus actividades seculares, con las misiones que le encomendaron los romanos pontífices, y más en concreto Pío V. Él tenía muy arraigada en su alma la virtud de la obediencia. Por su propio gusto se hubiera retirado a una ermita a disfrutar del consuelo que Dios le concedía en el silencio y la contemplación. Pero ya desde el primer momento Ignacio le quiso dejar claro que la vocación del jesuita era orar sobre el surco del arado. Y las circunstancias de la vida, como un torrente, siempre acababan arrastrándole a Egipto, como él decía, a los contactos con las más encumbradas personalidades de su tiempo.

San Francisco de Borja consiguió en sus negociaciones una rara mezcla de serpiente y paloma, como pide el Evangelio. Conseguía que las cartas de Felipe II le llegaran en secreto para que no se ofendiera el legado, cardenal Alejandro, y se las arreglaba para servir al rey y al mismo tiempo oponerse, sobre todo en lo que el Papa quería sobre los privilegios regalistas, que conculcaban la autoridad eclesiástica en Milán, Nápoles y Sicilia. Todo con buen pulso y extrema habilidad.

Pese a que siempre fue buen jinete, no me puedo explicar todavía

La espiritualidad de San Francisco de Borja

cómo consiguió empuñar al mismo tiempo la doble brida de los negocios de su legación y del gobierno de la Compañía, pese a que asuntos como los litigios con los dominicos en Toledo le preocupaban mucho. Era increíble la frecuencia de correos que recibía durante sus viajes.

Lo mismo supo hacer en Portugal. En plena borrasca de intereses de anexionistas, Borja quiso siempre que el país luso fuera un reino fuerte; por eso dijo a quien debía saberlo que don Sebastián no era impotente, sino capaz de matrimonio, lo que frenaba los ímpetus de quienes pretendían unirla a España. Hizo gala de equilibrista en la cuerda floja entre presiones castellanas e intereses portugueses. Templó la mano con el padre Cámara, al que no destituyó pese a las presiones de su amiga la reina abuela, porque lo consideraba pieza esencial para mantener tranquilo al inquieto y temerario don Sebastián. Consiguió que doña Catalina no se moviera de Portugal y en cierta medida se opuso incluso a Felipe II para ayudar a Sebastián.

Es verdad que no pudo conseguir que éste contrajera matrimonio con Margarita de Valois, y tampoco que Francia entrara en la liga santa. Pero el hecho de que Felipe II le pidiera intervenir para que

hiciera todo lo posible por parar el tratado franco-inglés indican el alto aprecio que su majestad tenía de Borja.

También en Francia supo actuar eficazmente a la sombra. No po-

*dejando su familia,
el ducado, la corte,
sus honores y sus
responsabilidades, había
entrado veintiséis años
antes en la Compañía;
aquel último viaje fue
como retornar a todo eso,
pero desde el
desprendimiento y la
sabiduría que le había
proporcionado su vida
religiosa, su experiencia
mística, los sufrimientos
y las persecuciones*

día parar la boda de Margarita y Enrique, es cierto; pero sí consiguió que la familia real francesa se acercara más a Pío V y que estuviera dispuesta a pedir dispensa para la boda. La importancia de aquellas negociaciones la prueban

los numerosos espías y ladrones que pululaban en torno al viajero con la intención de robar documentos. En un momento de descuido de Polanco, que cayó enfer-

*mejor que nadie supo por
su estirpe, sus enfermedades
y sueños rotos, que vivimos
inmersos en una llaga
histórica de dolor, en la que
los hombres caen
acribillados por la injusticia
y la insania de absurdas
guerras, egoísmos y las
amenazas que hoy
mantienen el mundo
dividido*

mo, le llegaron a robar todos los papales. Luego entró también, ya con sus fuerzas muy mermadas, en la vorágine de intereses de Saboya y de problemas que afectaban a la Santa Sede.

Santo singular

A la pregunta de qué pintaba el general de los jesuitas en todos es-

tos conflictos de los reinos y la cosa pública, la respuesta es bien sencilla. El Papa debió ver en él una figura providencial para los intereses de la Iglesia, y lo eligió para acompañar a su sobrino. Es evidente que él no recorrió más de mil cien leguas³ enfermo por gusto, sino todo lo contrario, muy sabedor desde el principio de que el viaje le iba a costar la vida.

Eso sí, fue un viaje providencial. Es como si Francisco de Borja cerrara de este modo el círculo de su vida. Dejando su familia, el ducado, la corte, sus honores y sus responsabilidades, había entrado veintiséis años antes en la Compañía. Aquel último viaje fue como retornar a todo eso, pero desde el desprendimiento y la sabiduría que le había proporcionado su vida religiosa, su experiencia mística, los sufrimientos y las persecuciones. En una palabra, pese a su renuncia y su identidad de jesuita, Borja no dejó de ser Borja en ningún momento. No dejó de ser padre de sus hijos, hermano de sus hermanos, abuelo de sus nietos, amigo de reyes, cardenales, obispos y también de sus últimos servidores, del hermano Melchor y del acemilero Antón, que estuvieron en su cora-

³ Seis mil kilómetros en diez meses, a una media de 20 kilómetros diarios.

La espiritualidad de San Francisco de Borja

zón incluso en el momento de su muerte. Tuvo fuerzas hasta para cerrar completamente ese círculo y, con apenas un hálito de vida, regresar a Roma y bendecir antes de morir a sus hermanos en religión.

La Historia de la Iglesia ha conocido grandes y santos hombres. El siglo XVI presenció el paso de figuras de la talla de Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Francisco Javier, Pedro de Alcántara, Pedro Fabro, Juan de Ávila, Roberto Belarmino, Juan de Ribera, Laínez y tantos otros santos a veces anónimos. Cada uno tiene su peculiaridad, su manera personal de entender el mensaje y la doctrina del evangelio de nuestro Señor. Pero Francisco de Borja rompió los códigos, sorprendió, y sigue descolocando a muchos, incluso despertando sentimientos encontrados por la multitud de facetas que vivió.

El santo Duque de Gandía nos enseñó que por aquí vamos de paso, que ésta no es nuestra morada permanente, que nos afanamos mucho por alcanzar poder y al fin atesorar nada. Se ocupaba de todo, despachaba mil cartas, tenía dotes de mando y consejo; podía haber llegado a ser, así se comentó en su día, la persona de confianza del rey o su primer ministro, como lo fue de hecho de doña Juana

mientras la princesa fue regente. Otros lo apuntaban para cardenal y Papa. Pero él lo hacía como quien va de camino y tiene el corazón en otra parte. Andaba entre los tapices, los elegantes salones y doseles como quien flota, y apenas comía de las exquisitas viandas con que en su último viaje le obsequiaban en la corte.

Pero no fue un lobo solitario, no, ni un asceta de salón. También quiso y se hizo querer. Decía: «Pido amar a los prójimos en el amor con que Cristo los amó. Reverenciarlos porque son miembros suyos. Pido por todos los que me mortificaron, que el Señor les dé su amor. Tenerlos a todos en mucho, como salidos de la gracia, hijos de ella. Pido ojos para ver las virtudes en los prójimos y alabar al Señor en ellos». Quizás se pueda resumir todo en una sola petición, cuando en sus arrobos místicos rogaba al altísimo morar dentro del corazón de su amigo Jesús.

Vivió y murió dentro de esa herida como refugio y descanso, quizás porque mejor que nadie supo por su estirpe, sus enfermedades y sueños rotos, que vivimos inmersos en una llaga histórica de dolor, en la que los hombres caen acibillados por la injusticia y la insania de absurdas guerras, egoísmos y las amenazas que hoy mantienen el mundo dividido.

Cuando contemplo la mascarilla que vaciaron de su rostro en el lecho de muerte me parece su mejor retrato. Sus grandes ojos cerrados de grandes párpados, hablan del místico; su amplia frente despejada, del escritor, del pensador, del estadista. La nariz Borja, afilada, de sus naturales dotes de poder y mano izquierda; y su boca, de esa mezcla acendrada de voluntad y dulzura, de capacidad de mando y secreta sensibilidad. Ése es el verdadero Borja.

Al contemplar ese rostro, que, lejos de parecer muerto, respira paz y cercanía, me viene a la mente ese estribillo que le repetía una y otra

vez al hermano Marcos, cuando éste, cumpliendo su obligación, llamaba a su puerta para rogarle una y otra vez que dejara de orar y se fuera a dormir o descansar: «Un poco más, Melchor, dejadme Él nos ha enseñado que morir no es abandonar la vida, sino colmarla, tomando cabal conciencia de ella al despertar a nuestra auténtica y verdadera condición de luz en la luz.

Sus últimas palabras, después de despedirse de sus hermanos jesuitas y de recordar uno por uno a sus ocho hijos, sin olvidar a su querido acemilero Antón, fueron: «Basta Jesús».■